Notas sobre “No quedará nada” o cómo aprender a permanecer

José Enrique Ema López

Cuatro voces hablan en el interior de lo que fue una nave industrial. Cada una calla tan educada como abruptamente cuando una de las otras comienza. Se respetan los turnos de voz, aunque no es suficiente para conformar una conversación.

La luz de fuera se filtra dentro a través de las rendijas de la instalación. La de la puerta, que al fallar (no cierra del todo) acierta a dibujar una línea interior, y la que aparece asincrónicamente en las imágenes proyectadas sobre la pared en algunos rincones inesperados. Con alguna de ellas tropezarás en algún momento para devolverle el reflejo de tu sombra.

Cuatro jarrones olvidados de edad avanzada suenan la memoria de sus materiales tal y como desvelan los péndulos-micrófono que se deslizan sobre ellos. Además, el uso atinado de las ondas estacionarias (que escuchamos de manera diferente según nuestra posición) durante unos minutos, nos invita a recordar que el sonido es más que un objeto para contemplar, una relación de la que participamos. Igual que las imágenes-sombras que vemos, o la memoria y el olvido que intuimos tanto como desconocemos.

Estas cuatro escenas no completan la descripción de este ensamblaje visual-espacial-sonoro de heterogeneidades que funciona interrogando lo que puede verse, oírse y hacerse. La instalación preparada por Arturo y Mario con su fino y virtuoso despliegue técnico sonoro y visual, nos convoca no solo como espectadores que tenemos que observar lo que ya está ahí parado esperándonos. No es accesorio que todo invite a moverse, a no permanecer quieto y, con ello, a formar parte. No hay lugar exterior desde el que mirar la instalación como un objeto separado de ti. Tu posición conforma también lo que puede percibirse. El sentido no está ni dicho, ni contenido en las palabras, pero algo cambia cuando te sitúas entre ellas en su movimiento. Las imágenes que saltan aquí o allá tampoco lo revelan, pero cuentan contigo para hacer sombra a su trayectoria. Caminando el tiempo, llegas a los minutos en los que no puedes no vibrar con el sonido que te envuelve. Vibrar físicamente, digo, y entonces también podrás vibrar afectivamente.

A pesar del título “No quedará nada” y las referencias a lo efímero, la fragilidad y lo perecedero en las palabras empleadas para introducir este trabajo, no encuentro en su obra ninguna apología desencantada del fin como único presente posible. Todo lo contrario, creo que la instalación exclama con fuerza ¡cómo no formar parte! a la vez que nos invita a preguntarnos ¿cómo formar parte? Esta interpelación doble me parece su mayor logro y atractivo, su capacidad de generar una situación en la que nuestro modo de percibir, de habitar… y de permanecer, sí, puede ser interrogado.

Aunque como buen dispositivo dispone pero no propone, la instalación crea una zona intermedia de paradojas (interior-exterior, presencia-ausencia, memoria-olvido) en donde quien la visita puede probar a pasar de observar a formar parte. No es de extrañar que algunos visitantes, mayores o pequeños, comiencen a jugar con sus sombras a curiosear con sus cabezas inclinadas en el interior de los jarrones que hablan o a bailar de un modo raro buscando experimentar el efecto sorprendente de las ondas estacionarias. Ha ocurrido, yo estaba ahí.

No veo tanta distancia entre el juego, la curiosidad y el baile y la posibilidad de reinventar otras formas de vínculo y de construir un mundo común más durable con los mimbres de lo efímero, frágil y perecedero que son también condición de nuestra potencia infinita de permanecer. Algo podrá quedar entonces.